

## Escrito en piedra con miniaturas literarias

Reseña de Rosa Navarro Durán para la revista *Ínsula*, septiembre de 2009

Todo lector aspira a que un libro le dé placer y a que le muestre algo que desconocía: lo gustoso y lo útil mezclados, aut delectare aut prodesse, en palabras de Horacio. En El manuscrito de piedra de Luis García Jambrina le salen al encuentro diversión y conocimientos, aunque estos lo hacen de puntillas, sin querer molestar, sin ocultar casi nunca el puro entretenimiento. Tras la palabra prólogo, se lee un lugar y una fecha: "Salamanca, 20 de septiembre de 1497": el horizonte de expectativas que se abre es el de una novela histórica, porque la ciudad y el año están asociados a la muerte del príncipe Juan, el heredero de los Reyes Católicos. Cinco páginas bastarán para que el lector se olvide de ese personaje al ser testigo de un asesinato: el de fray Tomás de Santo Domingo a las puertas de la Iglesia Mayor, de la catedral de Salamanca. Luego descubrirá que también el príncipe tiene su papel en el relato y que, por tanto, la precisión temporal no estaba puesta al azar. La novela es un mecanismo perfecto; y para que funcione, García Jambrina debió de imaginar con todo detalle su complejo artificio antes de ponerse a escribir. Así empieza:

"Aún no había amanecido, cuando fray Tomás de Santo Domingo se levantó del lecho en su celda del convento de San Esteban. Había pasado una mala noche, llena de pesadillas y sobresaltos que apenas le habían dejado dormir. Pero no era el cansancio lo que en ese momento le preocupaba, sino un profundo malestar, una aguda zozobra que lo llenaba de inquietud. Fray Tomás era catedrático de Prima de teología en el Estudio General salmantino. Había sucedido en la cátedra al obispo de la ciudad, Diego de Deza, dominico y teólogo como él, y la había convertido en uno de los principales baluartes de la Iglesia en Salamanca. Para este fraile de pequeña estatura, abdomen abultado, cara rugosa y redonda como una hogaza y manos pequeñas y femeninas, la cátedra era un púlpito desde el que defender con la elocuencia de su verbo la verdadera doctrina y clamar justicia contra los herejes, las brujas y los conversos judaizantes o *rejudaizantes*, como él los llamaba."

El primer anzuelo que el escritor esconde entre las líneas, la aguda zozobra que inquieta al dominico y que ha llenado de pesadillas su noche, es lo que lleva al lector a acelerar en ese mismo comienzo el ritmo de su lectura. Y no podrá ya menguar su paso, porque se da cuenta de que el tormento interior del fraile está relacionado con la petición de confesión que alcanza a decir con su último suspiro en el pórtico de la Penitencia de la catedral de Salamanca. Un arma que alguien ha sacado de debajo de la capa pone fin a la vida literaria de ese dominico que clama contra herejes y judíos mientras el lastre de un pecado inconfesado le lleva a ese infierno suyo.

En esas primeras líneas hay otros datos esenciales en los que tal vez no se fije el lector, llevado por la curiosidad de saber qué es lo que angustia al dominico, pero que

luego reconocerá: esas “manos pequeñas y femeninas”, esa elocuente prédica contra brujas y conversos judaizantes, y, en suma, ese ambiente de vida cotidiana en la Salamanca de fines del XV que se irá pintando en el relato.

Al final del libro, el escritor hace el inventario “de aquellos textos que me ayudaron a viajar a una época tan fascinante y sugestiva”, y comienza con *la Vida y muerte del príncipe don Juan. Historia y Literatura*, de Ángel Alcalá y Jacobo Sanz Hermida, y acaba con la *Historia de Salamanca. Libro V*, de Manuel Villar y Macías. Dime qué lees y te diré qué escribes; el mismo procedimiento de desvelar fuentes es ya significativo. En un repaso a esa bibliografía consultada, vemos, junto a la figura del príncipe Juan y la historia y vida cotidiana de Salamanca, otros dos asuntos: Fernando de Rojas y *La Celestina*, y la cueva de Salamanca. Evidentemente no sigo ahora el camino que hice como lectora de la obra; estoy investigando sobre ese perfecto mecanismo que su autor construye magistralmente y que tiene una eficacia narrativa absoluta arrastrando al lector al desenlace; la prueba es que en pocos meses ha alcanzado ya la cuarta edición.

En ese inventario, a modo de voluntario escrutinio de biblioteca propia, se descubre esa otra carta maestra que enseñará enseguida el novelista, al comienzo del primer capítulo: “Un año más, tras unas cortas vacaciones de verano en su pueblo de origen, Fernando de Rojas volvía a Salamanca con el propósito de proseguir sus estudios”. Precisamente él, el genial autor de *La Celestina*, va a ser el “detective” de la historia, porque el obispo Diego de Deza –muchos antes de ficción son personajes históricos– le va a encargar descubrir al asesino y averiguar el porqué de las extrañas circunstancias de la muerte. El lector se encuentra, pues, entre personajes conocidos, entre seres históricos, que no van a desempeñar su papel conocido, sino otro que le asigna ese dios suyo del siglo XXI. García Jambrina sabe muy bien lo que dice Horacio en su *Arte poética*: “No es lo mismo que hable un dios o que hable un héroe, un viejo caduco o un joven en plenitud de sus fuerzas, que hable una poderosa matrona o una aya servicial, un mercader errante o el que cultiva un verde campito; [...] el escritor tiene que seguir fielmente la fama o inventar personajes que se correspondan con ella, *aut famam sequere aut sibi conuenientia finge*”, v. 119. Aquiles tiene que ser atrevido, insolente, implacable, impetuoso, que proclame a grandes voces que las leyes no se hicieron para él y confíe la justicia a las armas; y Medea debe ser feroz e inflexible.

Fernando de Rojas tiene que responder a su condición para que su nombre no sea de cartón piedra, porque no basta recordar los pocos datos históricos conocidos sobre el escritor. En *El manuscrito de piedra* será un hombre inteligente, culto, un humanista; sabrá muy bien de qué parte hay que estar para sobrevivir, pero también lo mucho que se puede hacer para ayudar a los perseguidos, a los conversos, porque él es *ex illis*. Y se encontrará al final del trayecto nada menos que con su personaje, el que le dio un lugar en la historia de la literatura, y el que le permitió precisamente revivir en estas páginas literarias. Pero antes oírás palabras en boca de otros, que va a dar a ese ente de ficción suyo; como las que dice el Tintorro: “De esto forro todos mis vestidos cuando viene la Navidad, esto me calienta la sangre, esto me sostiene continuo en un ser. Esto me hace andar siempre alegre, esto me mantiene lozano”, p. 182. El juego literario traza continuos puentes entre el texto clásico y el contemporáneo.

Se cuenta cómo al pasar el Tormes, Fernando de Rojas se detuvo ante el toro de piedra, y recordó la burla que le habían hecho en él unos estudiantes cuando llevaba poco tiempo en Salamanca. El “aprende, necio, que un estudiante de Salamanca un punto ha de saber más que el Diablo”, le hizo avivar el ojo y fijarse bien en las cosas. No, no es estofa literaria de *La Celestina*, sino un guiño literario al *Lazarillo*, como también lo son

el nombre de los parientes lejanos de Sabela, Tomé González y Antona Pérez, en cuya casa de Tejares Fernando de Rojas continuaría la obra que había comenzado otro personaje del relato, del que nada voy a decir; eran las vacaciones de Pascua de 1498; la acabaría el Lunes de Aguas, cuando las mozas de la mancebía regresaban a la ciudad tras el destierro obligado de la Cuaresma.

Rojas, enamorado de Sabela, una bella Areúsa, añorará "aquellos tiempos en que se pasaba los días leyendo a Petrarca"; y el lector sabe que sí, que lo leyó muy bien y lo admiró profundamente como indican los muchos pasajes de sus obras que afloran en *La Celestina*. En un momento esencial de la historia, el de la muerte del príncipe Juan, Rojas recuerda la primera de las *Coplas a la muerte de su padre* de "su admirado Manrique"; y también su tragicomedia atestiguará esta admiración, e incluso podría ser que el fin desastrado del protagonista tuviera mucho que ver con unos versos del gran poeta.

Se recuerda cómo un día el joven Rojas se puso a leer con su discípula Jimena, la hija del noble don Luis de Salazar, el pasaje más peligroso de toda la literatura: las palabras de Francesca de Rímini en el círculo V del *Infierno* de la *Commedia* de Dante. Y lo es porque todo el que lo lee en compañía no puede más que reflejar en juego de espejos el verso "la boca me besó todo temblando", en la traducción de don Enrique de Villena; Bécquer y Unamuno mostrarían también ese camino, de cielo y de infierno, siglos después en sendos poemas. Ese pasaje de las págs. 119-120 no tiene más trascendencia en el relato, pero sí se convierte en clave para apreciar el calado de la labor creadora de García Jambrina. Es la pasión por la literatura la que le movió a escribir sus espléndidos cuentos de *Muertos S. A.* (Almería, El Gaviero editores, 2005), y ella sigue guiando sus pasos en esta novela.

El protagonista es, por tanto, el auténtico Rojas. No ha escrito aún su obra genial, pero está viviendo lo que le llevará a escribirla. Nada tendrá que ver con lo que en ella cuenta, con su argumento, pero sí podremos vislumbrar su experiencia en algunos de sus episodios. Como decía T. S. Elliot, la buena literatura es un río que fluye en los dos sentidos: las obras se enriquecen con las aguas literarias que recogen, pero también las suyas dan nueva fuerza a las anteriores.

El *manuscrito de piedra* es una novela histórica, y en ella se recrea admirablemente la atmósfera de la vida cotidiana. La mirada es la de hoy, y lo que se ve a veces es un auténtico espectáculo; así los puestos fijos del mercado, con sus especialidades, "cada zona con sus propios olores y su peculiar colorido y griterío. Justo al lado, se situaban los roperos, y, por levante, en la parte más baja de la plaza, los carboneros", p. 105. O el cortejo del príncipe Juan con la bella princesa Margarita de Austria, "*demasiado reino para tan poco príncipe*"; y las fachadas engalanadas, y el olor de las calles cubiertas de tomillo. Contemplamos una cuidadísima reconstrucción histórica, al modo de la que hizo Umberto Eco o con los ojos del gran escenógrafo Patrice Chéreau; pero es sólo el fondo, no se pretende nunca convertirlo en un primer plano y quitarle papel a la trama, muy bien narrada. Lo mismo sucede con el lenguaje, que fluye, que envuelve. Es un registro culto, pero nunca impostado, falso. Escenario y palabra son instrumentos para el relato, y no fines; y la trama avanza al ritmo rapidísimo de la lectura porque jamás carece del ingrediente esencial de una novela policiaca: el misterio.

El lector contempla el espectáculo, vive la atmósfera, pero sabe muy bien que allí está escondido un asesino, que puede volver a matar en cualquier momento, porque sólo se pueden resolver los casos cuando se averigua la razón del crimen. El cadáver de fray Tomás de Santo Domingo tenía dos marcas que había dejado el asesino para que

se vieran: encima de la lengua, una moneda de vellón, sin valor; y en una mejilla, un ligero rasguño. El lector puede asociar a este alguna nota a pie de página al texto de *La Celestina*, pero lo que realmente le interesa es ver qué está indicando el criminal y si ese asesinato es el primero de una serie. Intenta relacionarlo con lo que va sabiendo por si consigue alguna pista, porque está leyendo una apasionante novela policiaca. Goza con los guiños literarios, saborea la perfecta recreación histórica del momento de los hechos, pero lo que le interesa es el desarrollo de la trama, la solución del misterio. Es la prueba de que el relato funciona, de que logra su propósito: hacer olvidar toda preocupación al lector, divertirlo.

Lo que sucede es que además el escritor le está hablando de la actuación de los justos, de la opresión de los salvadores; como dice un fraile, el hermano herbolario: "Están tan obesionados con la salud de nuestra alma y la pureza de nuestra fe que acabarán por prohibirnos hasta dormir la siesta, para que no tengamos sueños impuros", p. 43. Hay personajes secundarios con los que el lector se encariña como este buen hombre, el fraile herbolario que cultiva con mimo las nuevas plantas que ha traído Colón del Nuevo Mundo y que acabarán destrozadas como toda idea nueva. O Jacinto López, viviendo de un mundo de libros peligrosos y a la vez salvándolos. O el bachiller Alonso Juanes, antiguo compañero de Rojas, que recibe en una trastienda de la taberna que está en la esquina de la plaza de San Martín y ayuda todo lo que puede a los suyos.

Una atmósfera de peligro, de auténtica persecución envuelve todo el relato; y su causa no es la presencia de un desconocido asesino que merodea por las calles salmantinas y que acecha a quien anda a ciegas buscándole, sino la que ejerce la "Santa" Inquisición en nombre de Dios y en defensa de su fe. Amenazas, exclusiones, cárceles, torturas acechan en cada esquina; son los justos, los bienpensantes los que imponen a sangre y fuego sus creencias. Rojas lleva el estigma de su origen, y Alonso Juanes y tantos otros; hay que actuar a favor del poderoso para hacerse perdonar esa marca de nacimiento, hay que huir a Amberes para que su brazo justiciero no te alcance, hay que esconderse donde sea. De todo eso se habla en la obra, aunque no sea su objetivo hacerlo. Y de la cultura de unos pocos que habían vuelto a la tradición clásica, que luchaban contra los bárbaros, contra los aferrados a una enseñanza caduca, escolástica, y que iban a mostrarle al ser humano su auténtica condición, la de escultor de sí mismo.

El descenso a los infiernos de Fernando de Rojas hará que se encuentre también allá con el fanatismo, con la intolerancia, que la sufra en su propia carne. Liberado, asistirá al ejercicio de la palabra en una utópica lucha por la libertad, por cambiar una organización muy asentada gracias a la alianza entre los poderes que organizan la vida en la tierra y en el cielo. Y, por último, llegará al centro de ese mundo subterráneo, en donde se oculta el topo que mueve los hilos. La última parte de la novela se llena de una atmósfera densísima, en donde creen perderse personaje y lector, pero de la que ambos logran salir para luego saborear lentamente lo vivido, lo leído. Todo se ilumina entonces, como el título, que es una pieza más de esa perfecta construcción literaria.

Novela histórica, relato policiaco para el que quiera sólo deleitarse con la lectura; pero aquel que ahonde más también encontrará cosas que le agraden. No es literatura en vano; es creación literaria en profundidad.

Rosa Navarro Durán  
Universidad de Barcelona